

# LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LIV

MADRID, 29 DE AGOSTO DE 1920

NUM. 19.210

CUENTISTAS  
ESPAÑOLES

## UN ATENTADO

POR ALFONSO  
HERNÁNDEZ CATÁ

Es una contrariedad que ese viejo se parezca a mi padre. Yo tenía cuatro años cuando mi padre murió, y el recuerdo que tengo de él se habría perdido sin un retrato en donde está con otro señor que no sé quién es. He extraviado el retrato hace bastante tiempo; pero cuando el viejo abogado entró esta mañana en la celda y tomó asiento junto a mí, he vuelto a ver la fotografía como si la tuviera delante, mejor aun, como si estuviera dentro de ella... Porque yo soy «el otro señor» y el abogado es mi padre, y la mesa que está entre nosotros es aquella mesa... Sí, la misma mirada, el mismo lento parpadeo, el mismo cuello de camisa entreabierto, por el que se desborda una sotabarba de canónigo... En otro tiempo esa semejanza me habría sorprendido; hoy no... Me contraría, pero no me sorprende. El es mi padre y yo soy el señor que no sé quién es, como antes fui «el otro», el que ojalá nunca hubiera sido... Mi verdadero mal es ser la funda de un hombre en la cual entran otros hombres que, ocultos dentro de lo que queda de mí, me toman por disfraz y van por la vida irresponsables, sirviéndose de mis pies, de mis manos, de mis palabras, sin que yo pueda oponerme a esa usurpación.

Cuando el abogado se ha puesto en pie y mirándome al fondo de los ojos me ha dicho: «Usted volverá de su acuerdo. Estoy designado de oficio y quiero oír cuanto en su defensa pueda decirme... Hoy todavía está usted muy excitado; cálmese... Volveré dentro de dos o tres días y entonces hablaremos...»; cuando me ha dicho estas palabras con la voz de mi padre—que nunca oí—, con la figura inconfundible de mi padre, he bajado la cabeza, cual corresponde a un hijo sumiso, y le he contestado:

—Perdóneme la violencia de antes... Nada tengo que decir, nada puedo decir. Acepto gustoso la pena que quieran imponerme los jueces... ¿La horca? la horca. ¿El presidio? el presidio... Nada puedo argüir en mi defensa; pero si usted insiste, si se obstina en volver, vuelva cuando guste.

Me miró un momento con atención, como sorprendiéndose de lo que he crecido, y salió en silencio. Otra vez entre los cuatro muros blanqueados, que rezuman humedad, se me ha ocurrido lo que se me ocurrió antes: ¿Por qué no podría seguir

siendo el señor del retrato? Recuerdo bien que sentado con las piernas cruzadas, mirando en el vacío algo que mi padre mira al mismo tiempo que él, no tiene cara de hombre malo... Las arrugas de su frente no son arrugas de preocupación; los extremos de una leontina pendiente de un ojal van a perderse en los bolsillos del chaleco trazando dos combas parecidas a un cortinaje. No debía ser rico ni pobre, ni muy torpe ni muy listo... Yo hubiera estado perfectamente siendo él, ya que me es necesario sobrevivir a mi verdadera muerte. Pero el otro, el terrible otro, el que ordena, el que me ha traído aquí, el que me impide descubrir el secreto, vió mi cuerpo vacío y se refugió en él con la avidez de un caminante que, sorprendido por el temporal, ve un árbol frondoso en la llanura...

Nada debo decir. Los muertos somos más discretos que los vivos y, sin embargo... Si ese viejo abogado vuelve; si se sienta otra vez como está sentado mi padre en el retrato; si se me permite un mo-

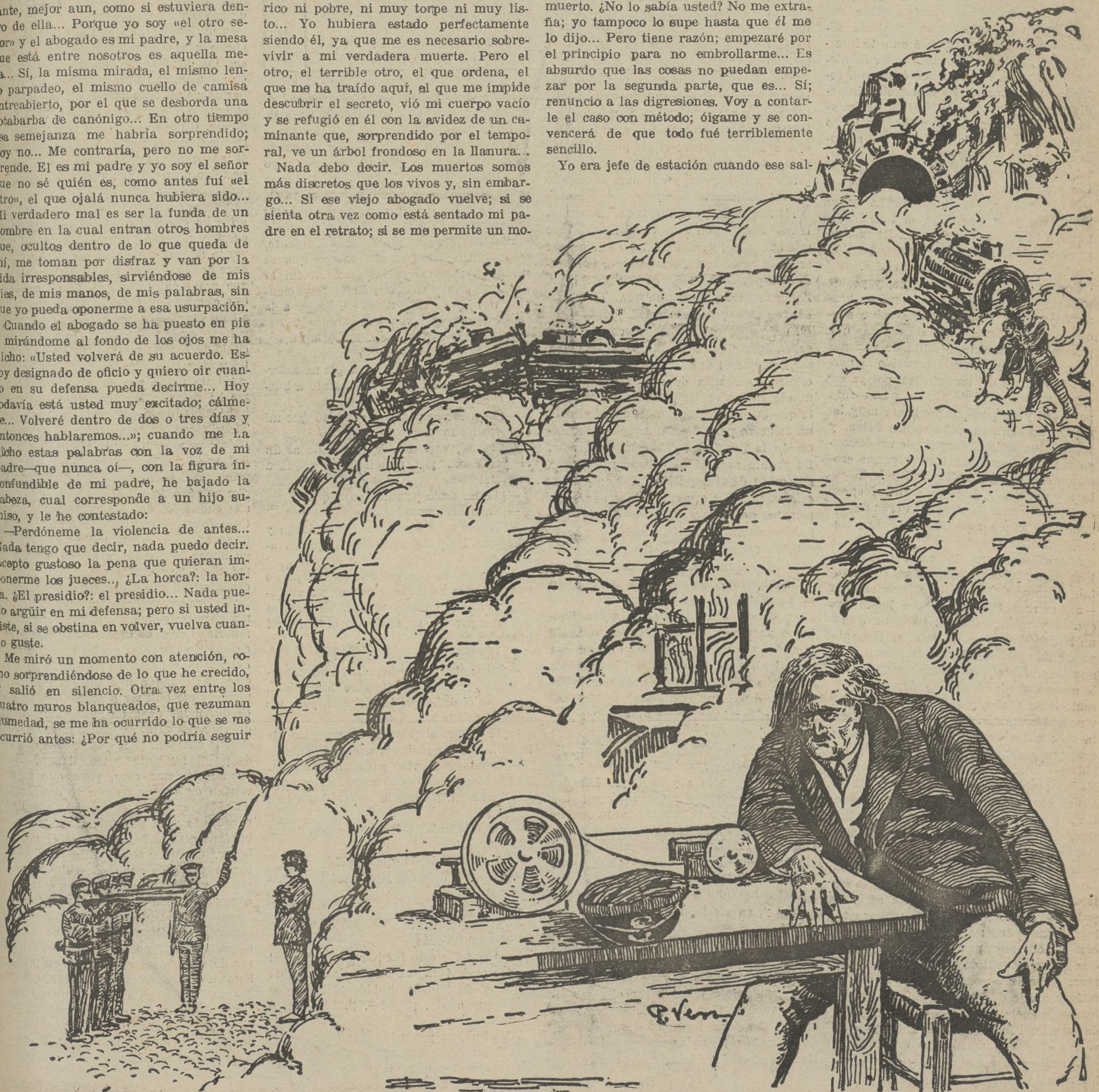
mento la dicha de sentir dentro de mí al otro señor que no sé quién es, presiento que lo contaré todo igual que si no se tratara de mí, lo mismo que si le contase un cuento fantástico...

x

—Bien; usted sabe que queriendo salvar a una niña fui alcanzado por un expreso y lanzado fuera de la vía, en apariencia sólo contuso, pero en realidad muerto. ¿No lo sabía usted? No me extraña; yo tampoco lo supe hasta que él me lo dijo... Pero tiene razón; empezaré por el principio para no embrollarme... Es absurdo que las cosas no puedan empezar por la segunda parte, que es... Sí; renuncio a las digresiones. Voy a contarle el caso con método; dígame y se vencerá de que todo fué terriblemente sencillo.

Yo era jefe de estación cuando ese sal-

vamento de que le he hablado. Veintiséis años de antigüedad me hicieron acostumbrar a esa vida, más que dura, monótona. Entre el telégrafo y el continuo tránsito de trenes no se me hacían los días largos. A veces, interrumpiendo la recepción de un telegrama, tenía que coger mi banderola verde, o mi linterna, si era de noche, y salir con el pito entre los labios





para dar el paso a un rápido. Usted conoce mi estación, que hasta el suceso nadie conocía; pues aunque cuando el salvamento hablaron de mí, no fué tan sonado como ahora. Perdida entre montañas, en medio de dos túneles que la acechan, es una estación de poco movimiento. Nada más hay cuatro empleados, y dos de ellos viven en el pueblo, que está a dos kilómetros de cuesta pina y pedregosa. No está bien que yo, un empleado, critique a la Compañía; pero bien podía hacer un pabelloncito anexo para evitarnos la insuficiencia de personal... Realmente, me es penoso pensar que no veré más mi mesa con el Morse, el casillero de billetes, la casita de paredes granuladas pintadas de gris y el gran reloj con sus dos esferas... ¡Bah! Todavía he visto todo eso más tiempo del debido; desde el día de mi muerte hasta el día que me prendieron los guardias civiles... No me pierdo en otra digresión... No se impacienta, que ya entro en la materia.

Es seguro que nadie había tenido la ocurrencia de destacar mi nombre del sin fin de empleados hasta aquel día. Fíjese cuántos López habrá en este interminable escalafón. Era una tarde de nieve, y en todos los servicios había un retardo atroz. Cuando de la estación inmediata me anunciaron la salida del mixto 424 me abotoné mi chaqueta, y luego de liarme al cuello la bufanda, salí al andén. Además de dos o tres labriegos, estaban allí una mujer con un niño de pecho y otra nena mayorcita ya. No sé cómo fué; parece que la muchacha quiso inclinarse para ver si ya el tren había tomado la curva de entrada... El caso es que patiné, que la vimos todos tendida cuan larga era entre los dos rieles.

La madre quiso abalanzarse, y yo, de un salto, me puse allí y la tomé en brazos... Pero ya el tren estaba sobre nosotros... Y la madre hubo de esperar que pasara la interminable fila de vagones para ver qué nos había ocurrido... porque el bárbaro del maquinista, por ganar algo de retraso, venía lo menos a sesenta por hora y no pudo parar hasta muy lejos del andén... La niña estaba salva, y yo, aunque molido, después de un desmayo me hallé perfectamente: algunas erosiones, un ruido grande dentro de la cabeza y nada más. Eso creyeron todos; eso creí yo mismo... Me dieron la cruz de Beneficencia y me aumentaron siete pesetas de sueldo.

Ahora comienza lo extraordinario... Una noche yo dormitaba en mi cama volante junto a la mesa; el primer tren —un mercancías— no pasaba hasta las cuatro y media: tenía tiempo de echar un buen sueño... Ya desde el salvamento yo venía padeciendo insomnios; pero aquella noche el desvelo me desesperaba. Y no era verdaderamente desvelo, pues como tener sueño, ¡vaya si tenía sueño!... y no podía dormir. Me puse a contar hasta mil; a los cuatrocientos, me vino la ocurrencia de calcular de memoria los billetes vendidos durante la semana... Nada, ¡que si quieres!... De pronto el Morse comenzó a marchar... Tac, tactac, tac... Usted conocerá bien esos golpeitos secos... punto, raya, dos rayas, punto... Desde la cama yo iba coordinando letras primero, luego sílabas, palabras después. Los sonidos se sucedían con tan poco intervalo que, a pesar de quince años de práctica y de ser uno de los mejores telegrafistas—perdone la inmodestia—, me era difícil seguir de oído... Le juro que nunca he sentido tal impresión de terror; quise incorporarme para ver, y el telegrafo dijo dos veces seguidas: «No te levantes; en la cinta de papel nada queda escrito. Escucha desde ahí sin moverte...»

Al acabar de recibir esta orden ya me habría sido imposible faltar a ella; fui co-

## VENDIMIA

Hay un profundo silencio sobre las tierras dormidas; la luna, blanca y callada, huyó por el horizonte; están todas las estrellas entre tules escondidas, y el sol enciende el picacho azul de un lejano monte.

Las espaldas encorvadas, cortan los vendimiadores los racimos apretados de las vides poderosas. El aire besa los brazos fornidos de gladiadores, y el sol tuesta las espaldas desnudas y sudorosas.

Van cayendo los racimos sobre la tierra caliente y pasan luego en manojo a las capachas raídas. Las carretas, atestadas, van andando lentamente...

Ya se fueron los labriegos de las espaldas tostadas; han cortado los racimos de las cepas retorcidas y quedan solas las hojas, como doncellas burladas.

Guirao HOMEDES

mo un pelele al que quitan el alma de hierro; me desplomé, sentí que todos mis huesos se hacían gelatinosos. Con los ojos dilatados y todo el sér puesto en los oídos para escuchar el tac tac del telegrafo me incorporé; y entonces él empezó sus revelaciones.

Tic tac, tic tac, tac, tac, tac... Escucha... Estás usurpando una vida. El topetazo que te dió la locomotora, aquel dolor que sentiste en el costado izquierdo, fué producido por el corazón al dejar de latir. Estás muerto y bien muerto... Tú ya no existes; tu cuerpo está vacío.

Fué, papá, como una gran luz que se encendiera dentro de mí; comprendí en seguida que él decía la verdad... Ya una oscura conciencia de eso se había insinuado varias veces; pero tan turbiamente que la idea se fugaba en cuanto hacía un esfuerzo para fijarla. Aquella comunicación la iluminó... Yo estaba muerto. De pronto sucedió al primer terror una sensación de tranquilidad... No, de inexistencia... Sin que mis labios se movieran, tuve este pensamiento: «Y tú que hablas conmigo, ¿quién eres?»

El tic tac se reanudó otra vez.

—Soy... A mí me pasa lo contrario que a ti; mi cuerpo ha muerto y mi espíritu vive... Sin duda me conoces. Soy Francisco Gener, el anarquista a quien fusilaron hace tres meses... No fué obra de justicia, no: fué un asesinato; yo no era el culpable de la conspiración que me imputaban. El presidente del Consejo me temía y quiso burlarse de mí... El no sabe que sólo mi cuerpo ha muerto, y tú no puedes decirselo a nadie, porque entre los muertos los secretos se guardan... Es extraordinario, ¿verdad? Tú sólo eres cuerpo y yo sólo soy espíritu. Los dos unidos haríamos un hombre...

Aquí el tic tac se aceleró tanto que no pude entender. Me parece que una vez suspiró: «¡Ah, si tú quisieras!»... Luego, siempre con precipitación, me dijo que San Cristóbal venía a comunicarme que Dios los llamaba a toda prisa. Prometió volver y, en efecto, a la noche siguiente volvió.

Pero no pudo contarlo de un tirón todo. Yo creía que ser orador era profesión de holgazanes. Y no, vaya si cansa hablar... Si quiere usted saber el resto pida un vaso de vino y cualquier cosa para comer. Como no tengo mas que cuerpo, estoy esclavo de todas sus necesidades. Hasta en esto he tenido mala suerte.

No, es mejor que no me contraríe: luego hablaré de esta pretensión suya de que repita ante su hermano la historia... Acabe de oírle usted y después veremos. Pero siéntese aquí, junto a la mesa, y yo me sentaré del otro lado; ponga la mano sobre el libro lo mismo que está en la fotografía... No podría seguir contando de otro modo.

Yo trabajé aquel día automáticamente, como puede trabajar un cuerpo que se mueve por un viejo impulso. Al fin la noche que esperaba con tanta impaciencia, vino, y él vino también. Llegó a la misma hora que la noche anterior.

—Tic, tac, tic, tic, tic... Estoy aquí.

—Te esperaba.

—Vengo contentísimo... ¿A que no aciertas para lo que anoche me mandó a buscar Dios?

—No puedo acertar; ya sabes tú que mi espíritu ha muerto.

—Verdad, verdad... Me ha dado al fin el permiso... ¡Mi asesinato no quedará impune!

—¿Te ha dado permiso para qué?

—¡Para vengarme!

El Morse tuvo una trepidación larga y colérica. Después continuó imperativamente:

—Necesito tu cuerpo. Sin un cuerpo no puedo hacer nada: ni esgrimir un cuchillo, ni arrojar una bomba... Es preciso que me prestes tu cuerpo, que seas mi brazo.

Yo me incorporé para gritar:

—¡No, no!... ¡No quiero ser instrumento tuyo! ¡Yo fui un hombre honrado!... Lamento el daño que te hicieron, pero me niego a que te sirvas de mí.

—¡Te necesito! ¡Tengo el permiso de Dios!... ¡No me obligues a ser violento!

—¡Jamás te serviré para un crimen!... Busca otro cuerpo cualquiera... Ten compasión de mí. ¡Jamás te serviré para eso!

—¡Sí!

—¡No, nunca!... ¡Me opongo con todas mis fuerzas!

—¿Es esa tu última palabra?

—¡Déjame, déjame! ¡Qué mal te he hecho yo?

—Sí...

—¡Nunca, nunca!

—¿Nunca? Verás.

De pronto, y esto fué horrible, papá, el tic tac cesó, y la voz de él, timbrada de ironía y de triunfo, habló—¿dónde cree usted que habló, papá?—, ¡habló dentro de mí!...

—Yo hubiera preferido un acuerdo—dijo—. Me es doloroso entrar violentamente en un cuerpo ajeno, aunque reniego de la propiedad... Ya toda resistencia es in-

útil... En realidad, lo que hagas por mí no será demasiado violento ni te obligará a salir de tu profesión... Tirar de una palanca en vez de tirar de la otra, cambiar las agujas y asunto concluido... El tren en que viaja el presidente del Consejo pasará mañana por aquí.

¿Qué podía yo hacer sino únicamente lo que hice? No iba a meter mi propia mano dentro de mí para echarlo fuera; además, aunque lo hubiera hecho, un espíritu es incorpóreo... Ni siquiera podía hablar, ni aun desear su salida, porque ya mi voz no era mi voz, ni otro pensamiento que el suyo... Hace usted bien en enternecerse; yo también hubiera llorado lágrimas amargas aquella noche, si siquiera hubiera podido disponer de mis lágrimas.

Usted sabe casi tan bien como yo el resto... Al día siguiente el tren que debía pasar ante mi pequeña estación como un meteoro, tomó una vía equivocada y fué a hacerse añicos contra otro tren. Fué una catástrofe formidable. Del montón de escombros salían gritos y humo; vi a una mujer con una astilla clavada en el cuello y a dos hombres despedazados y cocidos después por un chorro de vapor de agua. Setenta y dos muertos y cuatro heridos; una cosa terrible... Pero el presidente del Consejo se salvó milagrosamente. Después he tenido una sospecha... ¿No le parece a usted?... Se me figura que él me engañó, que Dios no le había dado permiso para hacer aquello.

No he querido darle el disgusto a su edad, y por eso he venido a contar otra vez la historia ante este señor. Ya estuvo hace dos días aquí, y el guardián me dijo que era médico forense. Como no sabía que era hermano suyo, papá, me limité a contestarle sí y no; ustedes comprenderán que no iba a revelar el secreto a un cualquiera. Ahora bien, tratándose de un tío mío, y por complacerle...

¿Sigue usted con su cantilena de que me ha salvado la vida? Confiérmese con habérmela dado por primera vez, papá. Tiene usted esa obstinación de los viejos. ¿Cómo va a salvarme la vida si no la tengo? Es de sentido común. ¿No me ha oído referir dos veces que morí el mismo día que salvé a la niña?... Claro que esas son chucheces de la edad. Vamos a ver. Cuando usted se hizo el retrato tenía setenta años y yo dos, ¿no es así? Yo tengo ahora cincuenta y nueve. Luego usted tiene hoy ciento veintisiete años. A esa edad ya se pueden tener manías.

¡Ah, quiero pedirles un favor!... Si, como ellos no saben nada, me condenan a muerte, hagan ustedes que partan mi cuerpo en pedacitos; no lo vayan a dejar entero, ¡por Dios!, no vuelva él a venir otra vez y me ponga un cuchillo en la mano y me obligue a segar la garganta de quien le venga en gana, del sér más querido por mí... de usted mismo, papá, si se le antoja... ¿Por qué se levantan así, de pronto? ¿Tanta prisa tienen? Escuchen antes una cosa, para que se convenzan de que yo no era yo aquella tarde... Yo, que era caritativo, que había perdido la vida por salvar una niña, no hubiera podido hacer lo que él me hizo hacer. Cuando, en seguida de la hecatombe, antes de que se descubriese quién era el autor, fueron todos los empleados a reconocer los escombros, yo pasé indiferentemente por encima de los restos humanos palpitantes aún. Recuerdo que al pisar el cuerpo de una joven, un chorro de sangre me saltó y me salpicó las botas... A propósito: esas botas, que son de mucho abrigo, me las han quitado... Aquí se trabaja menos que en la estación, pero hace más frío; tengo los pies yertos... ¿No podría usted, papá, que tiene influencia, hacer que me las volvieran a dar?

A. HERNÁNDEZ CATÁ





Silba el viento en las calles antañonas  
y bate las portadas derruidas  
de las casas hidalgas... Las coronas  
de los viejos escudos  
nos dicen, fanfarronas,  
de unos hombres famosos, bravos, rudos,  
que aquí mismo vivieron, señoriales,  
tras estos muros de castiza traza,  
cuyas piedras de aromas ancestrales  
loan con nobles signos inmortales  
el prestigio guerrero de la raza:  
leones y puñales,  
cascos, cimbras, dagas y castillos...  
toda el alma, bien horra de mancilla,  
de aquellos celeberrimos caudillos,  
¡toda el alma gloriosa de Castilla...!

Tras el herraje de las recias puertas  
de los amplios y típicos zaguanes  
—de par en par abiertas  
a leyendas de Ineses y Don Juanes—  
llega hasta las callejas retorcidas,  
que la alta noche acalla y ennegrece,  
una vaga luz roja, que aun parece  
alumbrar otros tiempos y otras vidas...

En los sombríos ángulos medrosos  
de un centenario caserón altivo  
lucen dos farolillos temblorosos  
de un inquietante aspecto primitivo,  
como dos centinelas silenciosos...

Al fondo de la torva encrucijada,  
otra luz, también tenue y desmayada,  
deja ver, en borroso claroscuro,  
una imagen sagrada  
toscamente esculpida sobre un muro...

Y lejanas se elevan, orgullosas,  
las románticas torres medioevales,  
esas torres que cantan milagrosas  
estrofas sin palabras y gloriosas  
armonías de acentos celestiales,  
¡las místicas cadencias misteriosas  
que rezan las vetustas catedrales...!

Grave, solemne, legendaria y vieja,  
sus altas torres la ciudad espeja  
en el fondo fantástico del río;  
allí sus luces débiles retrata,  
y de la luna el triste claror frío  
las aguas tiñe de brujida plata...

El silencio es señor y soberano  
y triunfa en la ciudad como en el llano...  
Sólo, a veces, se escucha algún ladrido  
de perros amarrados y guardianes,  
en el velar experto,  
broncamente alarido y repetido  
en la paz patriarcal de los zaguanes  
y en la paz horaciana de los huertos...

Por aquí, entre estas sombras, se diría  
que aun alienta la clásica hidalguía  
de la época galante y pintoresca  
y, también, la inmortal bellaquería  
de nuestra idiosincrasia picaresca...  
Aun parece escucharse en los rincones  
vetustos de la negra encrucijada  
el baladrón jurar de los matones  
de gran chambergo y de imponente espada  
y de recios mostachos fanfarrones,  
que proyectan en esta rinconada  
una infame emboscada  
mirando de ganarse unos doblones...

Parece percibirse los quejidos  
que lanzan los heridos  
al caer con el pecho atravesado;  
y el paso de la ronda vigilante,  
y el madrigal retórico y galante  
que algún lindo doncel enamorado  
ofrece a una discreta  
dama de rostro fino y ovalado  
que gusta del amor de su poeta...

Y parece que suenan cantarinas  
palabras de mujeres balbucientes  
a través de los marcos bien salientes  
de estas rejas de forjas peregrinas...

... ¿No se escucha, otra vez, chocar de espadas?  
¿No se ve, en la revuelta, a dos galanes  
abrirse calle, a envites de estocadas,  
por entre viles corcos de rufianes...?  
Don Félix o Don Juan serán, acaso,  
que salen de un famoso y breve paso  
sangrando el arma por los gavilanes...

Ahora vuelve el recuerdo al *Lazarillo*  
que del brazo fraterno de *Pablillo*  
se pierde en la calleja evocadora  
a la husma de la vida...

Y es ahora  
cuando pasan dos graves bachilleres  
tejiendo metafísicas razones  
sobre el frágil sentir de las mujeres,  
sobre homilias, refranes y sermones.  
Hablando con mesura y con despacio,  
cual buenos escolásticos, lo mismo  
hablan de Dios, del hombre y del espacio,  
que deshacen a Heráclito y a Horacio  
con un inapelable silogismo...

—¿Qué rumor es aquel, tan dulce y triste?  
Es *Doña Inés*, para quien nada existe  
fuera de su *Don Juan* idolatrado,  
que en la paz de los claustros conventuales  
va vertiendo los líquidos cristales  
de su llorar secreto y angustiado...

... ¿Y aquel tan leve suspirar pausado?  
*Doña Elvira*, que llora de su estrella  
el postero fulgor, ya mortecino;  
*Doña Elvira*, que muere moza y bella,  
al ver que de su vida en el camino  
*Don Félix* la abandona;  
es ella, que en presencia de la muerte,  
aun a *Don Félix* su anhelar convierte,  
y, aun muriendo, le quiere y le perdona...

Y calla *Doña Elvira*, y a las veces,  
doblando sigilosa alguna esquina,  
dijérase que pasa *Celestina*  
adobando fingidas doncelleces...

... ¡Oh, encanto de las urbes centenarias!  
¡Oh, encanto de las noches silenciosas!  
¡Cómo llenáis de escenas milagrosas  
las almas visionarias...!

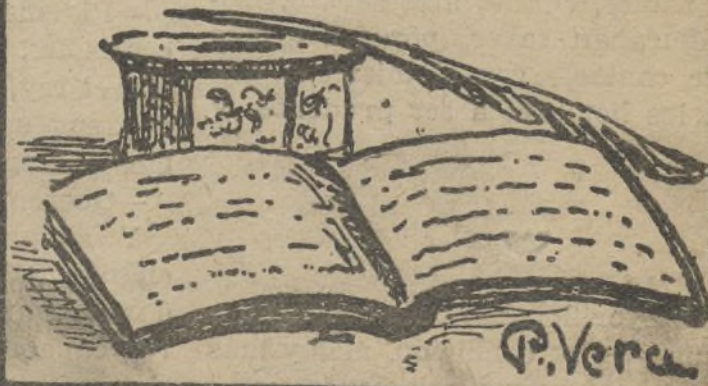
Así te quiero yo, mi ciudad vieja,  
en sombras y en silencio adormecida,  
y así, cuando te cruzo a mi albedrío,  
en mi alma romántica se espeja  
tu pretérita y grande y noble vida  
como tus torres en el ancho río...  
A tu poder de evocación sabrosa  
desfila ante mis ojos la gloriosa  
procesión de la raza:  
los clásicos rufianes,  
y los mozos hidalgos y galanes  
que, en sangre hasta la taza,  
tintos muestran sus épicos aceros...  
*Celestinas*, *hampones*, *galloferos*,  
*alguaciles* y *dueñas*,  
*bachilleres*, *tapadas*, *caballeros*...

¡Ay, alma, cómo sueñas  
con otros ideales y otras vidas,  
con otros áureos tiempos ya pasados,  
con otros horizontes dilatados,  
con tantas cosas para siempre idas...!

¡Oh, noche evocadora! ¡Oh, ciudad vieja!  
En mi alma romántica se espeja,  
al espejarse tu vetusta traza,  
tu espíritu bien horro de mancilla,  
¡el alma aventurera de la raza!  
¡Toda el alma gloriosa de Castilla!

Alberto VALERO MARTIN

Ornamentación de PABLO VERA.





# ENANOS Y GIGANTES

PUES señor... Hace ya muchos siglos, cuando aun los hombres no habían dado en la manía de escribir la historia, y los sucesos, en vez de fosilizarse en los anales, corrían de generación a generación como agua viva, llevados en aromas de leyendas, existieron dos países fronteros y, por lo tanto, enemigos.

Eran dos países grandes y poderosos que tenían muchas ciudades de maravilla y encanto, y contaban con formidables ejércitos. Y las dos naciones se disputaban el poderío del mundo; ambas eran las dos potencias más ricas y adelantadas y en las dos la industria y el comercio se hallaban en un estado floreciente.

Una de ellas dedicaba su principal atención a la fuerza. Los deportes eran en ella la flor más representativa, y todos los años se celebraban concursos atléticos a los que acudían los más afamados campeones para disputarse valiosos premios regalados por la familia real y por los personajes más esclarecidos del reino. Eran fiestas en las que el músculo jugaba el papel principal: carreras a pie, saltos con pértiga, ejercicios acrobáticos, lanzamiento del disco y cuanto, en fin, tenía un significado de fortaleza. A estas olimpiadas acudían infinidad de turistas y eran presididas por el rey y su corte, que vestían de gran gala y se prendían todas las condecoraciones. Por esta afición nacional la raza era musculosa, sana, fornida y los gimnasios y baños abundaban en todo el país.

El otro país, por el contrario, era más dado a la meditación y al estudio; al desarrollo cerebral en vez del músculo. Era un país de intelectuales. Todos los años se celebraban certámenes de Ciencias y de Arte, y los sabios más ilustres y los poetas más inspirados se disputaban coronas de laureles. La pintura, la escultura, la música y el arte decorativo habían en aquel país conseguido su más alto esplendor. Era un país de artistas. Los inventos más extraordinarios tenían allí su cuna, y en todo el reino había multitud de bibliotecas públicas, que siempre estaban llenas de lectores.

Ambos pueblos eran formidables, los primeros del mundo, y cada uno con prestigio distinto. El uno era el país de la fuerza y el otro el del talento. Atletas los unos; sabios los otros. Ambos poderosos, temidos y respetados por las demás naciones.

Pero los fuertes eran orgullosos, despóticos y recorrían el mundo con gesto de perdonavidas. Los sabios eran humildes, amables y recorrían el mundo con gesto dulce y apostólico. Los fuertes, cuanto más lo eran, más intransigentes se volvían; los sabios, cuanto más sabían, menos se figuraban saber, por tener más puntos de contacto con el misterio, que enseña a los hombres a ser prudentes y sencillos.

Cuanto mayor florecimiento conseguían ambos países en su condición, más y más tirantes se hacían sus relaciones, y al fin el malestar fué tanto, que se hizo insostenible, y el equilibrio se rompió, estallando la guerra entre los dos reinos.

El mundo tembló ante la espantosa he-

catombe que se avecinaba. Los dos grandes pueblos iban a pelear y a decidir, con las armas, su definitivo poderío. Atletas y sabios, orgullosos y humildes, iban a batallar... ¿Quién vencería?

Se colocaron catapultas en todas las puertas de las murallas, se reafirmó la vigilancia en las almenas de las torres, y todo el ejército se puso en pie de guerra en ambos países. Las banderas se desplegaron, sonaron las trompetas y jinetes e infantes se prepararon para el combate.

Y cuando ya todo estaba dispuesto pa-

ra el rey, también siguiendo una prudente norma de conducta, consultó con el pueblo, y luego contestó:

—Queremos ser pequeños como insectos.

Y al momento todos los súbditos del reino quedaron convertidos en diminutos enanitos.

Así, gigantes los unos, y enanitos los otros, ambos países se lanzaron a la guerra.

En los convoyes del país de los enanos bastaron unos cuantos carros para

gigantes; confiaban en su fuerza y se dijeron: «En cuanto veagan los regimientos enemigos los desbarataremos a puntapiés.»

Y los regimientos enemigos avanzaron con su rey a la cabeza. Traspasaron la frontera, se internaron por los principales pueblos y ciudades de los atletas y en un abrir y cerrar de ojos se adueñaron de muchas plazas fuertes. Como eran tan diminutos se metían por debajo de las puertas de las murallas y por las rendijas, y luego mataban a sus enemigos cuando más descuidados se hallaban, porque se les subían por las piernas a los gigantes y les disparaban en el corazón dardos envenenados. Los gigantes, como sus enemigos eran tan pequeñitos y pesaban menos que una pluma, ni les veían ni les sentían subirseles por las piernas.

Y así, poco a poco, fueron derrotando los sabios a los fuertes, que huían poseídos de un pánico terrible. Los enanitos seguían avanzando triunfalmente y llegaron hasta los muros que rodeaban a la capital. Allí los gigantes se encontraban en mayor número y dispuestos a jugar la última carta, a la desesperada, como que en ello iba empeñada, no tan sólo la suerte de la patria, sino hasta la existencia de cada uno de aquellos malaventurados ciudadanos, a quienes tan inútiles eran su tremebunda facha y sus enormes corpachones.

El ejército invasor hizo alto. Se armaron las tiendas de campaña y se estableció el sitio a la capital. Pasaron varios días sin que los sitiados dieran señales de vida y los enanitos, entre tanto, se paseaban tranquilamente a la sombra de sus tiendas de campaña. Para ellos, más que guerra, parecía una excursión deliciosa. Las tiendas eran para los enanitos grandes palacios y la administración militar disponía de enormes cantidades de comestibles, porque los enanos se alimentaban todos con una ración. En resumen: ni pasaban cansancio ni hambre, que son las dos miserias más espantosas de la guerra.

Y así transcurrieron varios días, y al amanecer de uno de ellos, vieron que las puertas de la capital se habían abierto y salió un gigantón con bandera blanca. Le recibieron los enanos y él les dijo:

—Vengo a solicitar que nos concedáis la paz. Estamos rendidos. Desde que empezó la guerra no hemos podido descansar, porque al convertirnos en gigantes no nos sirven las camas ni podemos entrar en nuestras casas. Además, estamos hambrientos, porque las provisiones que las hemos comido ya; en cada almuerzo necesitamos las raciones que antes nos valían para un mes...

Y, al decir esto, el desdichado y famélico gigante abrió la boca en un bostezo interminable.

Los enanos se apañaron y concedieron la paz a sus desfallecidos enemigos, y todos volvieron a recuperar su primitivo tamaño.

Y así fue como los sabios vencieron a los atletas; porque la verdadera fuerza es la de la inteligencia, y el orgullo siempre es derrotado por el trabajo y la humildad.

José CASTELLÓN

Dibujos de Bartolozzi



ra acometerse, se presentó Hércules al rey de los fuertes, y le dijo:

—Pídemela, la ayuda que quieras y te la concederé.

Y el rey, que no hacía nada sin contar con sus súbditos, consultó con el pueblo, y luego contestó:

—Queremos ser fuertes como titanes.

Y apenas había hecho su petición, cuando todos los súbditos del reino quedaron convertidos en formidables gigantes, capaces de servirse de un roble como si fuera un mondadientes.

En el reino de los sabios se presentó Minerva, y dijo al rey:

—Pídemela la ayuda que quieras y te la concederé.

transportar todos los regimientos a la línea enemiga, porque como los soldados eran tan pequeñitos, en cada carro cabían cientos de miles. Y así, en poco tiempo, todo el ejército estuvo concentrado en la frontera. En cambio, los gigantes se encontraron con que para nada les valía su material de guerra, porque en cada carro apenas cabían las narices de un soldado. Esto fué causa de que no pudieran concentrarse las tropas y, así, en vez de ir al ataque, e invadir el reino enemigo, tuvieron que aguantarse con ser ellos los atacados y estar todos los regimientos diseminados, sin poder reunirse en los lugares estratégicos.

Pero no se preocuparon por esto los gi-



# GAVARNI EL ESCEPTICO AMADOR

El día 13 de enero de 1804 nació en París, en el número 5 de la calle de Vieilles Haudriettes, un niño, cuyos padres fueron Sulpicio Chevallier y María Mónica Thiemet. Aquel chiquillo, que en el Registro civil figuró con el nombre de Guillermo Sulpicio Chevallier, era el que de 1830 a 1866 había de crear y extender por el mundo la fama del pseudónimo Gavarni.

Gavarni fué pintor, dibujante, literato, matemático extraordinario, artista litógrafo de mérito excelso, iniciador de modas e imponderable ilustrador de obras literarias. Para los bailes de la Opera y las reuniones de Courtille, Gavarni creó modelos que luego fueron elegancias propaladas y extendidas por las madamitas que empezaban sus aventuras de amor en una misera buhardilla de los suburbios parisienses y acababan su vida de pasión imponiéndose como encopetadas señoras en los salones de las Cortes de Carlos X y Luis Felipe. Para el enfatuado galanteador, el político vacuo, el poeta vulgar y el usurero implacable; para toda la fauna pintoresca de la vida parisense de entonces tuvo siempre el artista el dardo de su ironía.

¿Recordáis a Tomás Vireloque? Es el ente que pudo ser concebido por un Balzac y formado por un Poe, y a quien dotó de vida y nombre el excelso dibujante. Es el camarada y compañero de andanzas del Robert Macaire de Daumier, y del M. Prudhomme que Monnier imaginara. Cada uno de los tres tipos, con su figura grotesca, recorrieron las páginas de los diarios y revistas de su tiempo, y en ellas tuvieron la sentencia condenatoria para Martignac y Polignac, primero; para Broglie y para Guizot, después. Vireloque, como Macaire y como Prudhomme, vivió en los bajos fondos de París y de Londres o llegó al más elevado sitio. Confundiase a las veces con la plebe para lamentar sus dolores, y formaba en el grupo aristocrático para, dentro de él, oponerse a sus perversiones de sentimientos y sentidos. Cuantos hechos formaron la vida francesa e inglesa de los años 1825 a 1850 fueron juzgados por Vireloque, por Macaire o por Prudhomme, tan atentos siempre a remediar todo mal social.

Pero tal vez el mayor interés de Gavarni esté en el relieve que su figura alcanza como escéptico enamorado. No quiso ahondar jamás en sentimientos, y sin cansarse en la busca de un fondo que rara vez se encuentra en el eterno femenino, pasó su vida ligeramenta, despreocupadamente, libre del duro torcedor del amor verdadero.

Tenía un verbo encendido y fácil, hábilmente sazonado con un «don de ternu-

ra», a la par irónica y sincera. De su figura gallarda y pulcramente cuidada, como la de un Brummel, la de un Byron o la de un Alfredo de Musset, transcendía un romanticismo exaltado, en perfecta concordancia con las ilusiones y ensueños juveniles de las que eligió para amadas. La flor que indefectiblemente prendía por la mañana en el ojal de su levita impecable, por la noche moría en el seno de una mujer. Nada de celos trágicos ni dolorosos reproches. Cuando la ruptura llegaba, acudían a los ojos las consabidas lágrimas del «don de ter-

tro a madame Straswicz y a madame de Villeneuve; hablamos un poco y llegamos a un acuerdo.—Mañana, 21, tengo que empezar unas acuarelas.»

La página no puede ser más elocuente y expresiva dentro de su endiablada concisión.

Y no obstante aquel continuo jugar con el amor, Gavarni guardaba en lo profundo de su corazón un tesoro infinito de ternura que, pródigo, repartió entre sus padres y sus hijos solamente. Nunca fué demasidamente acendrado el afecto que tuvo para su esposa Juana Leonie Martín de Bonabry.

Jamás se le conocieron envidias ni bajas pasiones. La mentira convenía poco a su carácter franco; su sinceridad llegaba en ocasiones a lo cruel. Recuerdese la carta a la joven Eloisa, agraciada muchacha enamorada de él, y con la que compartió tiempos de lucha y esperanza cuando aun la firma de Gavarni nada significaba en el arte. «Me parece que soy incapaz de amar con fuerza—le decía—; pero si algún día te llego a querer te aseguro que no será más que lo que quise a otras mujeres. No me despierta grandes ansias tu belleza. Si así fuese, hubieses caído ya como las demás. Habría sido dueño de tus hechizos con la frialdad de afecto que tengo para todas, aunque fingiéndote una loca pasión. Me habrías juzgado entonces el más feliz de los hombres, y tu nombre, sin embargo, tendría en mi diario la misma importancia que tienen tantos otros. Después te habría dejado para ir en pos de una nueva aventura; pero eso habría sido engañarte.»

En tal misiva se refleja fuertemente el espíritu que concibió la *Boite aux lettres*. Temperamento tan dueño de sí mismo, sólo una vez llegó a entregarse. Apenas se concibe cómo dejó que su voluntad fuese dominada por Arsenia, una mujer astuta, que le empujaba en sus divagaciones de hombre de ciencia y de inventor para hacerlas prácticas y fructíferas.

Por entonces «Charivari» le propuso crear el tipo de madame Robert Macaire; pero Gavarni, por respeto a Daumier, rechazó la indicación, prefiriendo que su atención y genio se acogieran a las fórmulas matemáticas. En los encerados que cubrían las paredes de su estudio de Auteuil, Guillermo Sulpicio Chevallier se dedicaba a resolver un invento de topes para vagones, para aminorar los choques y accidentes ferroviarios.

Y más que a las mujeres, y acaso tanto como al propio arte a que debía su gloria, amó entonces a la árida ciencia matemática el escéptico e inquieto Gavarni...

C. PALENCIA TUBAU

## LA INJUSTICIA SOCIAL



¡Bella criatural... Y sin corsé.  
(Caricatura de Gavarni en su célebre álbum «Las ocurrencias de Tomás Vireloque».)

nura», pero sin rencores ni odios. «Como procedo siempre—decía—a impulsos de una curiosidad insaciable, mis conflictos sentimentales quedan a flor de piel.»

Para darse perfecta cuenta de cómo compartía y entrelazaba Gavarni sus horas de pintor con las de amor y de placer, basta seguir el diario tan asiduamente llevado por él durante la mayor parte de los años de su vida. El 20 de mayo de 1833, por ejemplo, anota: «En casa de madame Petit: nada.—A casa de madame Saint Marc.—Comer en el Palais Royal.—Bertaud me hace que le acompañe hasta el Boulevard del Temple.—Va a casa de su Alfonsina, la de Folies Dramatiques.—Me dice que le espere.—Para hacer tiempo me voy a casa de madame Leblanc.—Mi amiga sale a recibirme con una faldilla corta.—Vuelvo a reunirme con Bertaud en el Café Turco.—Encontramos a una mujer; dejo a Bertaud para seguirla: nada tampoco.—Me voy a mi casa; después a casa de madame D'Abantes, donde encuen-



# La sobrina de Don Quijote

No habéis advertido siempre en los críticos y comentadores del Ingenioso Hidalgo una deficiencia inexplicable, un silencio tenaz sobre un interesante personaje de la obra? Han aquilatado, escurridado y analizado hasta los mismos personajes de la inmortal *epo-novela*; han sopesado, estudiado y medido todos sus actos y palabras; han buscado el resorte íntimo de sus procesos psicológicos; han atomizado y desmenuzado sus frases con toda minuciosidad, bien así como los intérpretes de la Biblia, que han discutido hasta colocación de acentos; se ha llegado en *El Quijote* hasta esa nueva interpretación del donoso y agudo astur D. Atanasio Rivero, que, si no es la más correspondiente a la realidad y a sus tiempos nuevos, es, por lo menos, la más ingeniosa... y que a mí me recuerda la interpretación del texto bíblico por los masoretas hebraicos...

Y con todas estas elucubraciones, exégesis y hermenéuticas de nuestro señor Don Quijote y de sus alrededores, pues tanto o más que al héroe inmortal se ha cantado, analizado y extraído el jugo al buen escudero, a Aldonza Lorenzo, al bachiller Sansón Carrasco y a casi todos los personajes secundarios que cercan y como que tejen corio enguinalado de loores en derredor del Ingenioso Hidalgo, nadie se ha curado, o se ha curado muy livianamente, de una figura interesante, aunque brumosa y como que escondida en un segundo término en esa galería de figuras vivas y palpitantes de realidad que es *El Quijote*. Y no obstante, la figura a que me refiero tiene por sí misma relieve, fuerza e intención simbólica. Sobre un vigoroso sustantivo realista se erige esa figura, que es representativa de la mujer española mediana, por no decir mediocre, en el sentido peyorativo que esta palabra ha tomado. Me refiero a la sobrina de Alonso Quijano, a la menudita e insignificante Antoñita Quijana, que aparece en la escena sin gran relieve físico, pero con una formidable proyección de figura moral. Casi nadie ha reparado en la sobrinita del Ingenioso Hidalgo, y era natural que los superficiales observadores no reparasen, y sólo me sorprende que no haya puesto en ella su monóculo de observador y su lente de psicólogo el sutil Azorín, que tanto relieve ha sabido dar al Licenciado Vidriera.

En verdad que Cervantes nos la presenta apenas con los caracteres más esfumados y borrosos, como si quisiese darnos a entender su secundario interés de personaje meramente episódico. Pero a través de las palabras que le hace pronunciar vemos preñado de ironía el espíritu sutil de aquel manco inmortal retratándonos, de mano maestra, a la mujer española de la clase media, poco fantástica, poco aficionada a los vuelos de la imaginación, poco dada a seguir en sus ensueños al marido, padre, tío, sobrino o novio que sale soñador y poeta; más bien apagada a la tierra, entendiada en las cosas rastroas y cursada sólo en los menesteres caseros y en las disciplinas murmuratoria y maldiciente.

Cervantes, conocedor de la vida española en todos sus aspectos, ha destilado en este diseño de Antonia Quijana toda la trágica ironía, toda la amarga decepción, todo el fracaso de sus ensueños románticos de juventud, todo lo que él había sufrido y retorcido dentro del pecho al tropezar con la cruda realidad, que le había brindado mujeres de espíritu pequeño, mezquino y aferrado a la rastroería triste y sucia de la vida diaria.

Apenas si nos describe a Antoñita

Quijana en su aspecto físico; la cree tan insignificante, que nos traza de ella una silueta somera y rápida, por la cual sólo adivinamos la impresión de una figura juvenil, fresca y rozagante, tal vez de menos de veinte años.

En el capítulo I de la primera parte se lee este breve esbozo: «Tenía en su casa una ama que pasaba de los cuarenta y una ama que no llegaba a los veinte...» Nada más sabemos—y es bien poco—de la sobrina de Alonso Quijano. Y llámola con insistencia sobrina de Alonso Quijano porque sólo como tal la considero, pues ni remotamente se nos pasa por la imaginación que esta mozuela vulgarcita e insignificante pueda ser sobrina (sobre todo en cuanto al espíritu) de ese inmortal loco idealista llamado Don Quijote. Alonso Quijano, mientras vive de hidalgo «de los de lanza en astillero», en el lugarejo de la Mancha, puede considerarse como sobrina suya a la Antoñuela; en cuanto sale a busca de aventuras campo de Montiel adelante, sería insensato que la siguiese considerando como tal. Debiera luego repudiarla como tal sobrina, a juzgar por como ella trata las cosas que atañen a lo más elevado y puro de su espíritu. En cuanto se muestra tal como es, áptera, pequeña y grosera de aspiraciones, sin fugas hacia el ideal, ya el Caballero del Ensueño debe rechazarla por sobrina suya...

Fácilmente se percata de su contextura moral el lector. Apenas reaparece en el capítulo VI de la primera parte, con motivo del donoso escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería de nuestro Ingenioso Hidalgo, ya la vemos producirse como una muchachuela mezquina, enemiga de los románticos e insolente de prosaísmo.

Cuando el licenciado en teología quiere separar los libros y cerner entre ellos los nocivos y los inocuos y cribar el buen trigo, separándolo del dañado, la sobriñeja prorrumpe en grandes alaridos, que denuncian su espíritu de crueldad y saña. «No—dijo la sobrina—, no hay para qué perdonar a ninguno, porque todos han sido los dañadores; mejor sería arrojarlos por las ventanas al patio y hacer un rímero de ellos y pegarlos fuego, y si no, llevarlos al corral y allí se hará la hoguera, y no ofenderá el humo.» Y cuando llegan a los libros de poesía pastoril, la Antoñuela, enemiga del campo y de la égloga (tradicionalmente, la mujer española ama más el tocador que la Naturaleza, y prefiere el olor de *muguet* o de *rose d'Orsay* al de tomillo y romero), se opone a la indulgencia que con estos libros de solaz y entretenimiento quiere ejercer el clérigo. «Ay, señor!...—dijo la sobrina—. Bien los puede vuesa merced mandar quemar como a los demás; porque no sería mucho que habiendo sanado mi señor tío de la enfermedad caballerescas, leyendo éstos se le antojase de hacerse pastor y andarse por los bosques y prados, cantando y tafiendo, y lo que sería peor, hacerse poeta, que, según dicen, es enfermedad incurable y pegadiza...»

Semejante osadía en el juzgar nos da idea del temple de esta moza, que siendo de todo en todo ignorante, como no sea de zurcir calcetines y repasar ropa blanca, da en la flor de emitir fallo y sentencia acerca de todo lo divino y humano, de toda cosa escrible... ¿Quién le mete a esta moza, de poco más o menos, de caletre y meollo ruines, mediocre en sus aspiraciones, ayuna de libros, saturada de rezos y devociones, sin sentido espiritual, a decidir acerca de lo que debe hacer su tío y a fallar si es o no in-

curable y pegadiza la enfermedad poética, el morbo lírico que ella ha sacudido de sí, apegándose a la chabacanería de su vida quieta?... Por esta desatinada desenvoltura de la mozuela en juzgar y decidir, el buen Alonso Quijano no lanza contra ella una queja desabrida, en ocasión en que ella manifiesta sus aprensiones de que nuevamente su tío se desgarré de la casa solariega y vuelva al ejercicio de «la para ellas mal andante» caballería. «¡Ah, señor mío!—dijo a esta sazón la sobrina—, adviérta vuesa merced que todo eso que dice de los caballeros andantes es fábula y mentira, y sus historias, ya que no las quemasen, merecían que a cada una se le echase un sambenito o alguna señal en que fuese conocida por infame y por gastadora de las buenas costumbres...»

Don Quijote, al oírlo, monta en cólera y la reprende con menos indulgencia de la que solía usar con Sancho, muy en tono duro por hablar tan descompasadamente y al sabor de la boca. «—Por el Dios que me sustenta, que si no fueras mi sobrina derechamente, como hija de mi misma hermana, que había de hacer un tal castigo en ti por la blasfemia que has dicho, que sonara por todo el mundo... ¿Cómo qué? ¿Es posible que una rapaza que apenas sabe menear doce palillos de randa se atreva a poner lengua y a censurar las historias de los caballeros andantes?...»

Toda la vieja vida española y la vida

aun de hoy en las provincias revive en este episodio del libro inmortal. ¿No habéis conocido muchachuelas de provincias «que apenas saben menear doce palillos de randas», que juzgan de sandios y reputan de locos a sus novios, a sus hermanos, cuando tienen la desatinada valentía de ser poetras en medio de un ambiente mediocre y ruin?... Por cierto que muchas veces hemos sentido tentación de decir a nuestras novias o nuestras hermanas, parafraseando al glorioso Caballero: «Por el Dios que me sustenta, que si no fueras mi hermana tan derechamente, como hija de la misma madre, que había de hacer un castigo en ti por la blasfemia que has dicho, que sonara por todo el mundo...»

¡Y cuántas veces no habréis somorrajado estas palabras, o al menos habrán ellas latido en el fondo de vuestro subconsciente, bullendo por salir a luz, cuando en viejas provincias españolas hayáis escuchado prosaísmos, frases de inquina y de indelicadeza y de cerrazón espiritual y de perversión de la voluntad, tanto como de error de la inteligencia, en lindas boquitas rojas de las Dolores, de las Cármenes, de las Rosarios, de las Puras, de las Mercedes, que se permiten discutir y escarnecer las hazañas de los más altos y nobles caballeros andantes del Ideal, de los que buscan una luz nueva en la ciencia o en el arte!...

Andrés GONZÁLEZ-BLANCO

## Las Amigas del Bosque

ué en Roncesvalles, al anoecer, cuando la niebla fría velaba ya las torres de la colegiata y, desde Altabizgar, tiznaos, descendían los carboneros, arreando sus altos mulos con seras.

Frente a la hospedería, unas vacas bebían agua del pilón. Entre esbeltos meizales ladraban los mastines. Por los senderos, casi a oscuras, mujeres encorvadas conducían haces de leña.

Un grupo de muchachas, con boinas, descendió del «auto». Vestían «gambitos» verdes o azules y traían bufandas al cuello.

—¿Quiénes son?

—Las Amigas del Bosque.

Eran las modernas Driadas, de habla española y perfil griego. Maestras de escuela, hijas de modestos industriales, se habían asociado para veranear sin lujos, pero con sensatez y reposo.

La hospedería, destartada, abandonada, cayéndose a pedazos, tiene ventanas sin pestillo, por donde se ve el cielo. Los lacrillos bailan al ser pisados. Bajo las arcadas del techo, en los pasillos, el huésped, a la madrugada, evoca sombras de maitines...

A cambio de antiguallas e incomodidad, las camas son limpias, la comida sana y la vida llena de paz. El alba anunciase triunfal en el «quiquiriqui» de los gallos. Luego, entre dos luces aun, comienzan a mugir las terneras y a relinchar los potros. Después, al ser de día, entre campanilleos de cabras y agrias disputas de zagales, pasan rebafos hacia el bosque.

El huésped abre las ventanas y queda en éxtasis. Sobre el telón azul del cielo recorta la abadía su inmensa fábrica. Chillan, como muchachos, los vencejos. Se oye el toque de misa prima. El viente alisa los meizales, por donde juegan limpios regatos. Un canónigo, al hombro el quitasol, lleva el devocionario abierto...

Estalla el delicioso cohete de unas risitas femeniles. Por las grieteadas escaleras bajan las Amigas del Bosque. Una

trae el caballete y la caja de pintar. Otra, un tomo de versos. Otra, una novela. Algunas acomodan placas a su «khodak». Tal cual hacendosilla, el cesto de labores.

El desayuno, a lo militar, en pie, consiste en grandes vasos de leche. Pero antes es de ley ordeñarla. Y desde la ventana contemplamos el pintoresco espectáculo. Aquella morenilla, avispada en el talle y en los prontos, se ha sentado en el taburete, junto a la vaca.

El animal, lento y pacífico, rumia, con la cara vuelta a los meizales. La muchacha exprime las ubres. De repente la vaca muge, estentórea. La chica, en sobresalto, viene al suelo. Ríen todas. Ríe ella misma, encendida como la grana. Espantada, la vaca da a correr, mugiendo y mugiendo...

El delicioso grupo avanza hacia el bosque. Entrará en él amanecido y ya, hasta el toque de «Angelus», vivirá en sus frondas. Leñadores, chaqueta al hombro y el hacha a la cintura, se paran junto a los sembrados a verlo. Unos chicuelos, en tirantes, le dan escolta. Va la avispada morenilla al frente, llevando de batuta el quitasol. Avanzan las Amigas del Bosque cantando un «zortzico»:

Ese pañuelo rojo  
que yo puesto te vi,  
ese pañuelo rojo  
la guerra me hace a mí...

La gentil directora va anudándose al cuello el pañuelo rojo. Seguida de sus compañeras penetra, cantando y riendo, en la espesura, como la juventud en el porvenir...

Todavía, desde nuestra ventana, curioseamos al canónigo. El cual, lento y confuso, al hombro el quitasol y el devocionario abierto, presta oídos a la canción ajena. Y luego, melancólico, tararea entre dientes:

Ese pañuelo rojo  
que yo puesto te vi...



Recorramos los claustros, húmedos, escombrados por las obras de restauración. El señor prior, amable y culto, luce, bordada en su sotana, la cruz verde de Roncesvalles. Evocamos, ante el sepulcro de Sancho, el Fuerte, al pastor de las Navas, la tienda de Miramamolín, el cuadro de soldados negros, atraídos de cadenas, presentando sus lanzas a la caballería cristiana.

Luego, en la sacristía, examinamos ornamentos, reliquias, cálices. El señor prior, sonriendo, nos alarga «la maza de Rolán» y «las zapatillas del arzobispo Turpin». Con suave erudición nos habla de los «crónicas» apócrifos y de las investigaciones de Gastón París. Tiene la sencillez conventual y la aristocracia del estudio. Lo hubiésemos traído a Madrid para escarmiento de pedantes...

Nos despide a la puerta, como los antiguos priores a los antiguos bardos. El sol deslumbra. Todo el campo es un cabrilleo. Mas la temperatura, en plena siesta, es deliciosa.

Camino de la hospedería, en un gran silencio, sólo turbado por las hachas leñadoras, hallamos a una moza rubiasca, mofletuda, con pecas. Viene balanceándose, con un gran cesto a la cabeza, los brazos cruzados y el corpacón de Maritornes.

—¿A dónde se va?  
—Al bosque. Llevo «lo» de las señoritas.  
—¿Sabes tú el sitio donde están?  
—En el bosque. El sitio... ¡ya daré con él...

La dejé ir. Pero bien pronto la curiosidad llevéme tras sus lentos pasos, desde lejos, con gran cautela. A la entrada del bosque, un punto de delicadeza me detuvo. ¿Qué iba yo a hacer? ¿Era correcto presentarme de sopetón, sorprendiendo su intimidad? ¿Podía ser lícito,

en el siglo XX, parodiar a los silvanos de Teócrito, irrumpiendo entre las Driadas de Perimeda?

Entonces, como el catecúmeno detenido a la puerta de un templo, me detuve en el verde umbral. Era como una catedral frondosa, rumorosa, palpitante de hojas y cánticos. Las hachas leñadoras resonaban, acompañadas, como una antifona. Ruidos inefables traían misteriosas saluciones. Por entre el claro de los troncos pintaba la imaginación bellas siluetas fugitivas.

Recordamos las páginas en que Saint Víctor evoca a Diana y a sus ninfas en la espesura del Taigeto:

«El indomable ejército franquea los precipicios y cruza los ríos a nado, lanzando flechas a las águilas, hiriendo con sus jabalinas a los osos. A mediodía, las rústicas guerreras se tienden, bajo las encinas, entre la hierba. Al anochecer, cuando van a beber las leonas, se lavan en las fuentes frías sus manos ensangrentadas y sus brazos llenos de polvo. Una ley austera rige el gineceo trashumante. Las compañeras de Diana hacen voto perpetuo de castidad. Los bosques sagrados son sus claustros; las montañas, sus monasterios. La diosa es, por decirlo así, una abadesa de las selvas.»

¿Qué harían las Amigas del Bosque? ¿Sestearían, como Diana y sus compañeras, bajo los árboles, en el dulce descuido de sus faldas cortas y de sus actitudes ingenuas? ¿Se atreverían, como la diosa, a bañarse en lagunas frías? ¿Correrían, los quitasoles como lanzas, detrás de alguna tímida liebre? ¿Tendrían, en su íntima libertad, ritos de púdico misterio?

Símbolos inmortales parecían congregarse ante la espesura, como príncipes de torneo. El Vellocino, los Niwbelungos eran tesoros menos ricos que aquel

coro de Driadas del siglo XX. Pero todos los Jases, todos los gigantes y gnomos eran menos temibles que la indiscreción. Así, durante horas, permanecí ante el verde umbral, como un catecúmeno a la puerta del templo. Ya declinaba el sol y se acercaban los ganados al camino, cuando el bullicio de unas risas me estremeció gozosamente. Las Amigas del Bosque regresaban a nuestra hospedería. La niebla levantábase de las frondas, como el humo de los incensarios. Desde Altabiscar descendían, tiznados, los carboneros, asidos a las colas de sus mulos. Mujeres encorvadas conducían haces de leña. El coro regresaba, como una hueste victoriosa, repitiendo su himno:

Ese pañuelo rojo  
que yo puesto te vi,  
ese pañuelo rojo  
la guerra me hace a mí...

Cristóbal DE CASTRO

## LECTURAS

La «Colección Universal Calpe» ha publicado últimamente las siguientes obras: *Historia de mi vida*, novela, por Antón Chejov; *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, novela de Stevenson; *Curial y Gueifa*, tomo II y último de un libro

anónimo catalán del siglo XV; *Historia de los musulmanes de España* (tomos III y IV), por Dozy; *La duquesa de Malfi*, tragedia de Webster; *Memorias*, de Enrique Heine; *Notas sobre Inglaterra* (tomo II y último), por Hipólito Taine; *Eugenia Grandet*, novela de Balzac; *La hechizada*, novela de Barbey d'Aurevilly; *Tartarin de Tarascón*, de Daudet; *Del rey abajo, ninguno* y *García del Castañar*, comedias de Francisco de Rojas; *La nariz de un notario*, novela por Edmundo About; *La vida en los campos*, novelas cortas por Giovanni Venga, y *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* (tomo I), por Miguel de Cervantes.

Traducido por un coronel de Ingenieros que modestamente sólo firma con las iniciales J. A. A., la Casa Bauza, de Barcelona, ha publicado el primer volumen de la obra de Mermeix, «Fragmentos de historia 1914-1918». Este primer tomo se titula «Joffre», y comprende la primera etapa de mando (noviembre de 1915 a diciembre de 1916).

Como en años anteriores, el inteligente y culto periodista gaditano Joaquín Quero ha publicado la *Guía del turista*, que contiene interesantes datos de Cádiz y su provincia, páginas de amena lectura e innumerables fotograbados.



# ESPAÑA Y MÉXICO

II

*Un ex presidente de la Cámara de Comercio de Puebla (Estado de Puebla), cuyo nombre reservamos por no herir su exagerada modestia, da su autorizada opinión acerca de lo que debe hacerse para estrechar las relaciones entre España y México.*

Amable, silencioso, con recto criterio, este español, inteligente y culto, contesta a mis preguntas con el tono reposado de un hombre que aquilata una frase, que mide sus palabras, que encauza una cuestión planteándola sin eufemismos.

Yo adoro a México—me dice—. Allí labré mi fortuna; allí nacieron mis hijos; allí dejé mi juventud, trabajando sin descanso por resolver el problema de mi familia.

Por eso veo con gusto esta encuesta que está usted realizando. Y como yo cuantos españoles hayan vivido en aquellos Estados plétóricos de riqueza.

Son España y México dos pueblos hermanos que conviven constantemente en espíritu, pero que no se comprenden. Y para lograrlo, para fundirlos en estrecho abrazo es preciso que pongamos todos de nuestra parte lo que humanamente podamos. Puebla es la segunda capital de la República.

Situada en la meseta central, a 1.500 metros sobre el nivel del mar, su floreciente industria de hilados y tejidos, ganadería y agricultura constituye un emporio de riqueza.

Cuenta con 120.000 habitantes, calles asfaltadas tiradas a línea, soberbios edificios, catedral, arzobispado, penitenciaría y hoteles modernos, dotados de exquisito «comfort».

Como medios de comunicación tiene cuatro líneas de ferrocarril: dos a México y Veracruz, distando de este punto 250 kilómetros; una a Oaxaca, y otra al Estado de Morelos. A México hay 120 kilómetros.

El servicio de automóviles, tranvías y coches está montado en inmejorables condiciones.

Sus teatros, suntuosos, son de rica arquitectura y de grandes condiciones acústicas.

Puebla es un Estado con plétora de riqueza, e histórica su capital por el famoso asalto que dió el Ejército mexicano, cuando la invasión francesa, en el año 65.

En este Estado, como en todo México, por las condiciones naturales del

país, no se necesita más para labrarse una posición y un nombre que trabajar honradamente, orientando los negocios en un sentido evolutivo. A ello se presta su tierra jugosa y virgen y las múltiples materias que en forma de vetas presentan las cuencas de la sierra madre.

No queremos allí elementos de discordia. Ni tampoco queremos convivir en la política. En este orden permanecemos los españoles en un estado neutral. Mas por esto mismo buscamos el calor de nuestros hermanos los mexicanos, para cooperar juntos al engrandecimiento de México.

El puerto de México (en el golfo de México) y el de Salina Cruz (en el Pacífico) constituyen un soberano alarde de riqueza, de esfuerzo y de voluntad.

Con su construcción consiguieron acortar la distancia de recorrido y que pudiesen fondear los trasatlánticos de gran porte.

De los poderosos medios de locomoción del país justo es también consignar, para apreciar en todo su valor la fuerza y desarrollo de ese país encantador, próspero y rico, que tiene 30.000 kilómetros de ferrocarril, con líneas de vapores desarrolladas por Compañías mexicanas, que hacen el servicio de cabotaje en los puertos del golfo de México y en los del Pacífico.

Cuenta además con grandes puertos, como Veracruz, Tampico, Progreso, Frontera, Acapulco, Manzanillo y Mazatlán. Y en el golfo de California, Altata, La Paz y Guadalupe.

El ferrocarril de Tehuantepec, que hace el recorrido de uno a otro Océano en diez horas, con servicio de viajeros y mercancías, es otra de las grandes concepciones que se llevaron a cabo para orgullo de la América latina.

Obra portentosa que puede competir dignamente con las del istmo de Panamá.

He procurado reflejar fielmente una pequeña parte de la estructura de un pueblo hermano, digno de respeto y de que se le comprenda, sin que la pasión—cosa natural para los que allí hemos vivido—haya influido en mí en forma alguna.

Esta encuesta que realiza usted para unir a dos pueblos que se quieren, que sienten las mismas necesidades, pero que viven recelosos por no orientarse en fuentes de buen origen, es digna, por su fin altruista y resultados positivos que habrían de obtenerse, de que la corone el triunfo.

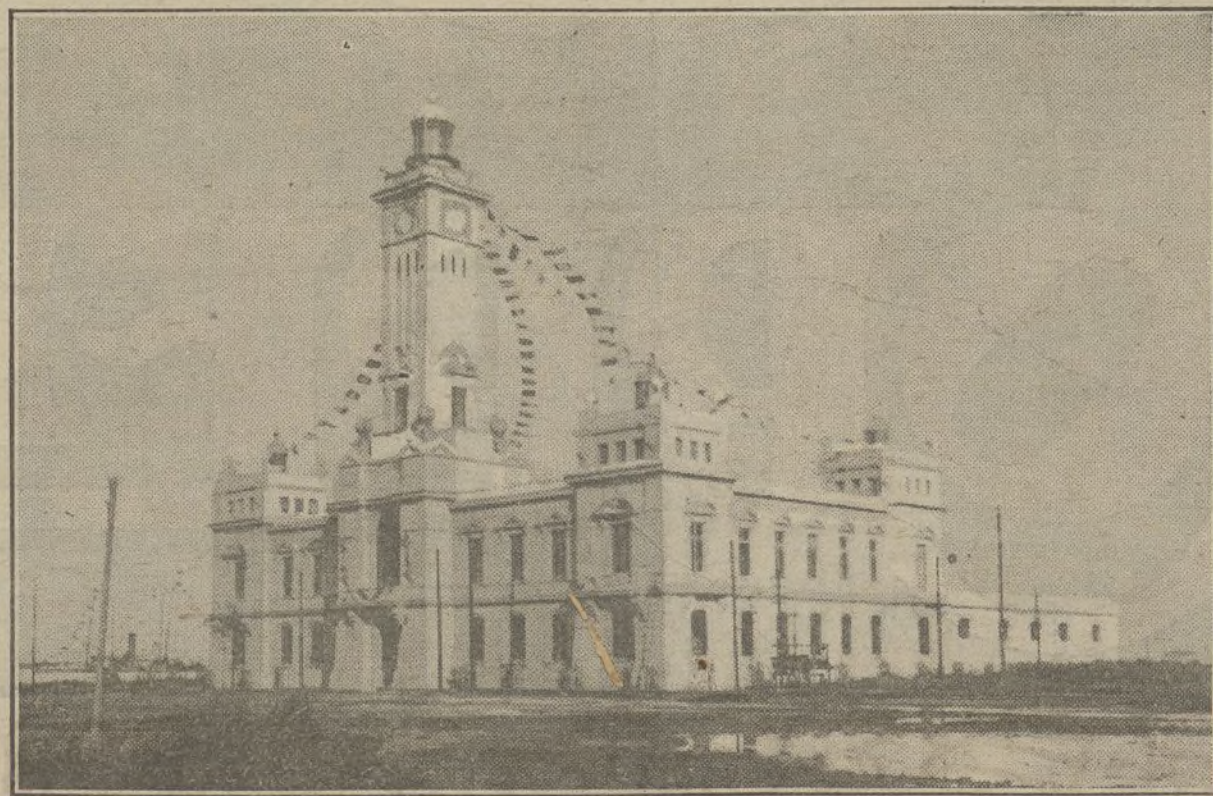
Prosiga sin desmayo en su obra; no ceje en su empeño; siga el derrotero trazado, que los mexicanos, primero, y la colonia española, después, agradecerán el esfuerzo y le vivirán agradecidos.

Nada de personalismos. Es obra común, obra de fusión de espíritus, obra de engrandecimiento...

Y al decir esto, su mirada apacible, fiel reflejo de inagotable bondad, se fija en mí, limpia y serena, como señal de agradecimiento.

G. P. R.

Santander, agosto de 1920.



Vista del muelle fiscal y suntuoso edificio destinado a la revisión de equipajes en Veracruz.



# CARLOS

FÁBRICA DE RELOJES

FUENCARRAL, 27

MADRID

CERTIFICADO  
DE GARANTIA  
CON CADA RELOJ

# OPPEL

HELIOS